

YAZMINA GRANDIO

URBANISMO Y ARQUITECTURA ECLECTICA EN SAN SEBASTIAN. 1890-1910

“La primera vez que a Maurice Culot y a mí nos llevaron a Fuenterrabía fue para disfrutar de una buena comida en el barrio de la Marina con unos amigos y reírnos después un poco visitando la probablemente folklórica reconstrucción del casco viejo. Ya nos habían enseñado unos amigos catalanes el “pueblo español” de Barcelona, más o menos con el mismo propósito y para asombro de otro amigo me quedé admirado de ese otro “pueblo español” de Palma de Mallorca.

En aquel momento íbamos por una calle preciosamente pavimentada que pensamos sería la “vieja” calle de Carnicería. Pero no era tal, y mi amigo Maurice y yo nos pusimos en guardia.

Fuenterrabía estaba tan brillantemente realizada que tardamos un rato en darnos cuenta de que la calle por la que íbamos caminando era una nueva, moderna, totalmente inventada...”

Todo esto y mucho más escribe León Krier en el último número de 1983 de la gran revista inglesa “The Architectural Review”. Esta revista londinense, posiblemente la más antigua de Europa, y una de las publicaciones especializadas de mayor difusión mundial, viene a reconocer en el artículo de Krier lo injusto y efímero de muchísimas críticas arquitectónicas. Porque uno de los grandes problemas de la crítica arquitectónica es el análisis objetivo y desapasionado de los ingredientes de utilidad y belleza que transforman una obra de construcción en una obra de arte, en Arquitectura, en una palabra.

Durante siglos, para construir, se han utilizado muy pocos materiales, como el ladrillo, la piedra o la madera, que manipulados también con medios muy limitados daban lugar a sistemas de construcción relativamente simples y generalmente aceptados. La depuración de esos sistemas constructivos hacia formas cada vez más armoniosas reconocidas por la sensibilidad humana es la que eleva la obra de construcción a una categoría superior, la de la obra de

arte. La que transforma la construcción en Arquitectura. Este reconocimiento significa un criterio. Criterio del que deriva una “clasificación” que en el siglo XVIII, el siglo de la Ilustración, adquirió una gran importancia con los movimientos academicistas, que determinaron la de unos “estilos”.

Es del mayor interés, desde nuestra atalaya del siglo XX, observar las polémicas vehementes con que los arquitectos del siglo pasado criticaban las obras no concordantes con su propio estilo. El arquitecto inglés George E. Street que a mediados del siglo XIX recorre Guipúzcoa y visita San Sebastián cierra los ojos ante Santa María y considera a San Vicente como la única obra de Arquitectura digna de mención. Para Street, el gótico es la única respuesta adecuada a un edificio religioso.

De hecho, para aquellos críticos del siglo pasado, que no tenían graves discrepancias en el fondo de los sistemas constructivos, la gran polémica la desataba la apariencia y el ropaje formal de los edificios. Ahí las discusiones eran rotundas. Rotundas dentro de una sociedad de principios, dogmática y jerarquizada, es decir, de valores aceptados a priori. Para nuestros antepasados tan adecuado y lógico era que un edificio religioso fuera “neogótico” como que un edificio civil fuera “neoclásico”. Incluso no eludían, con imaginación desbordante otros formalismos pintorescos como el de aquellos concejales bilbaínos que aceptaron para el salón principal de la entonces nueva Casa Consistorial el estilo... “neomudéjar”.

Todo esto venía a mi memoria al leer el libro de Yazmina Grandío. El libro de Yazmina establece el concepto de “eclecticismo” a través de una versión exterior y formal de la composición arquitectónica como consecuencia de una “crisis de conciencia a fin de siglo”. De hecho la gran cuestión que plantea el fenómeno de la “arquitectura ecléctica” no es de crisis de conciencia, a mi juicio es más sencillo, es simplemente la falta de imagen de unos materiales y técnicas que el progreso industrial aporta al mundo de la construcción.

Es decir, el progreso científico y el desarrollo industrial crean un nuevo ambiente social. Ambiente social que exige nuevos programas de necesidades tanto en el mundo de la construcción como en el del transporte. Y así como el descubrimiento del motor de explosión puso en circulación en el mundo del transporte a los primeros automóviles con apariencia de coches de caballos sin caballo, así también el descubrimiento de los perfiles de acero y los entramados metálicos en el mundo de la construcción fue enmascarada y envuelta con la apariencia formal de un estilo arquitectónico reconocido. Estilo arquitectónico derivado del “espíritu” correspondiente al uso del proyecto.

Es decir, el Arquitecto de la segunda mitad del siglo pasado educado en unos conocimientos técnicos derivados de la “revolución industrial” esta por otra parte inmerso en el sentimiento artístico-cultural de los medios académicos establecidos. Esta situación, sin precedentes en la Historia de la Arquitectura, produce en un Arte esencialmente utilitario el curioso desdoblamiento antes citado. Por un lado el esqueleto estructural, por otro el ropaje sobre-

puesto de su apariencia. De hecho se hacía por el Arquitecto de la época una “selección de lo mejor”.

Es verdad que grandes construcciones como el Palacio de Cristal de Londres, proyectado por Paxton en 1850 o la Torre Eiffel de 1889 ofrecían ya una nueva imagen de posibilidades estéticas en el Arte de la Construcción, en la Arquitectura con los nuevos materiales y procedimientos de cálculo, pero también es cierto que sus indiscutibles ventajas estructurales y económicas no encajaban dentro de los estilos reconocidos por las Academias como expresión formal de la Arquitectura. El gran crítico y filósofo inglés John Ruskin, consideraba despectivamente que el “Palacio de Cristal” era un “invernadero gigante”.

Este grave dilema que en definitiva agobia al Arquitecto al no poder encajar su sentimiento constructivo, que debe obedecer a una rígida concepción técnico-económica, con su sentimiento formal, que debe corresponder a un determinado criterio estético establecido y aceptado, tiene su respuesta en la denominada “Arquitectura Ecléctica”.

Para el Arquitecto ecléctico es absolutamente lógico combinar un entramado estructural con los nuevos materiales y sistemas de cálculo con una apariencia, con una fachada de la obra que refleje su carácter, su espíritu. En resumen “selecciona lo mejor” entre los diversos ingredientes que componen su proyecto. La novedad de la situación de este proceso permanente de selección que es la Historia de la Arquitectura es la ruptura sin precedentes entre la concepción del proyecto desde un punto de vista estructural y su imagen formal aparente. En definitiva el drama de los Arquitectos de la época es el de la falta de imagen de unos nuevos sistemas de construcción.

De hecho esta cuestión, a partir de entonces es el gran problema de la “Arquitectura”. Los descubrimientos e inventos en el mundo de la construcción son de tal magnitud y sobre todo velocidad que no existe el tiempo material necesario para que el nuevo hecho constructivo no es que derive hacia un determinado “estilo” sino que siquiera cuaje en una determinada “imagen”. Por eso los primeros balbuceos de la Arquitectura denominada “Moderna” son efímeros, su envejecimiento ha sido fulminante y hoy día ante una oferta casi ilimitada de materiales y técnicas presenciamos una curiosa operación retorno hacia imágenes arquitectónicas “pseudoclásicas”, es el nuevo clasicismo por un lado de Bofill o el éxito de los programas de “rehabilitación” de los viejos edificios por otro.

El libro de Yazmine Grandío es una estimable síntesis de unas teorías arquitectónicas y su aplicación en San Sebastián en el entorno del cambio de siglo. En ese aspecto, y salvando pequeños errores inevitables, la documentación aportada es del mayor interés. Por ello y de acuerdo a los criterios antes expuestos la única y principal objeción que cabe hacer al libro que comentamos es la de considerar el hecho arquitectónico desde un aspecto aparente y formal sin estimar debidamente su fondo esencial de una buena construcción.

Buena construcción naturalmente vinculada al progreso de los nuevos descubrimientos y que un Arquitecto, con las debidas garantías, no puede eludir.

Esta objeción es muy natural que se formule a historiadores y críticos de Arte no habituados en temas arquitectónicos al hecho constructivo, pero ello no empaña el mérito por lo demás del trabajo realizado por una jovencísima licenciada en Arte.

San Sebastián, 3 de setiembre de 1987.

Juan María de Encio Cortázar